

ENRIQUE MARTÍNEZ REGUERA.

Educador con marginados. Madrid

«La cordialidad con los hombres y el compromiso con las vidas de los demás, no es algo que la haya que esperar del próximo siglo, de ningún futuro ni de ninguna utopía o advenimiento redentor sobre una nube luminosa. La cordialidad, el amor y el respeto mutuos, el compromiso con los demás, como la propia dignidad, son paraísos que se han de lograr con tensión en cada instante contra el azote del dominio del Poder. Cualquier plazo que le pongamos distrae de la urgencia del amor que preconiza el Evangelio»

1.

Quiero explicar eso de «mi condición de creyente». Decir que me considero creyente me parece que no basta: será necesario que aclare un poco en qué creo y en qué no.

Los primeros recuerdos religiosos de mi infancia se los debo a mi madre, que me enseñó a rezar y a las lecciones de Historia Sagrada que impartían los Maristas en el colegio. Según fui creciendo fui asumiendo aquellas noticias elementales cada vez con más convicción y fervor. De hecho, en lo religioso, viví una juventud muy radical con todos sus ingenuos excesos. Fue precisamente esa actitud tajante quien me empujó a implicarme en el mundo de los marginados, con tan entusiasta voluntad como incauta ignorancia.

El mundo de los marginados, pese al calificativo, no es algo residual o a parte, es un mundo intenso, plétórico de vida, de posibilidades, de recursos, de frecuentes penas e inimaginables alegrías. Pero también y sobre todo de problemas, porque está muy atrapado en el *cepo* del abuso, del desprecio, la ignorancia y el miedo de quienes se presumen no marginados. Por eso lo que menos necesita la sociedad marginal es del ingenuo voluntarismo de los bien intencionados ni de la pedantería de títulos académicos en asuntos y situaciones de las que lo ignoran todo: los únicos especialistas en marginación son los marginados. Tengo que advertir que sobre el mundo marginal planea constantemente la ignorancia, el ocultamiento y el manejo tramposo de los datos de la realidad.

La sociedad marginal no precisa de beneficencia, de asistencialismo, de tutela ni de ingeniosos pedagogos u obstinados peritos. Respira de lo que respiramos todos: del respeto que se le tenga, de la Justicia que se le otorgue, de algún espacio en que habitar y algunas posibilidades con las que sentirse útil. Y todo eso contando con que nunca se parte de cero sino de las heridas que hayan dejado los *cepos* que antes mencioné.

Hay gente tan crédula y simple que piensa que la exclusión y la indigencia nunca se acaban de resolver, por la naturaleza y la dificultad del asunto; pero eso no es verdad; si el necesario respeto, justicia, sitio en donde ser útil y hatillo de posibilidades escasean hasta lo inverosímil, es porque hay intereses muy concretos y contundentes para que así ocurra y siga ocurriendo indefinidamente. Sólo entonces los problemas se cronifican, las vivencias de impotencia se multiplican y los fracasos se suceden.

Por mi parte el valor del mensaje evangélico lo descubrí realmente en época muy tardía, sobre todo en las vivencias de impotencia, en la experiencia agobiante de fracaso, de tanto ver cómo matan a mi gente y en la necesidad de resucitar... acá en la tierra que es lo que tenemos a mano.

Los aspectos institucionales de la Iglesia, a la vista de los cuantiosos recursos personales y materiales de que dispone, siempre supusieron para mi fe una dura prueba que nunca he acertado a superar del todo, ni sé si debo. Porque si mi fe en el hombre es grande porque es grande mi fe en el mensaje de Jesús y a la inversa, mi fe en la Iglesia sólo cabe y conviene allí, en donde ella refleje eso mismo. Se habla mucho del compromiso de los fieles en la Iglesia pero en cambio se habla demasiado poco del compromiso de la Iglesia en cada uno de sus fieles. Probablemente por el abismo nada evangélico que padecemos entre el pueblo de Dios y la jerarquía.

2.

Desde luego no espero la llegada del redentor sobre una nube luminosa, ni dispongo de palabras ni intuiciones ni menos experiencias para hablar de semejante posibilidad. Y todavía creo mucho menos en esa **parusía** laica y un tanto darwiniana que llaman progreso. Y en lo que me reste de vida, sin duda tampoco dispongo de tiempo para esperar utopías.

Del siglo que ha concluido y que me ha tocado vivir hay demasiadas cosas que no me gustan y demasiadas utopías con las que me engañaron. No sé cómo podríamos hablar de progreso en un siglo que presenció Auschwitz, Hiroshima o que asiste al exterminio de gran parte de África... sin inmutarse.

Y si miro al futuro, no es muy halagüeño lo que puedo vislumbrar. Tal vez nos seguirá ofreciendo grandes avances tecnológicos que puedan añadir algo de calidad a nuestras vidas, o más bien sólo a las de algunos, si conseguimos asimilarlos a la velocidad con que nos empujan. Pero junto a tanto adelanto, veo cómo nos arrastra hacia el más rancio pasado una caudalosa cascada de conformismo servil, llevándose por delante muchos valores en los que habíamos encarnado, con siglos de esfuerzo, contenidos fundamentales del mensaje evangélico.

Valores personales como la intimidad, dignidad, confianza, autonomía; o valores colectivos como la calidad de las familias, la justicia en las relaciones, la imaginación e iniciativa del tejido social... son sistemáticamente barridos de la realidad, mediante un sucedáneo virtual que es pura violencia al servicio de la fe más integrista, fuera de la cual no hay salvación posible, en el poder del dinero y sus liturgias mercantiles. Es la nueva religión que predica y exige el pomposo poner mundo y abrazan con casi idéntica ciega obediencia los que se consideran creyentes como los que no. ¿Qué me decís de la explotación laboral, del negocio de la guerra, de la desvergonzada expropiación de los hijos de los pobres por parte del Capital/Estado (que la gente casi ni conoce pese a ser habitual en nuestra España) para sacarles rentabilidad y exigirles que se arrepientan, que en la religión de las finanzas el único pecado es el de ser pobre. Ahí desearía oír yo la voz autorizada de la Iglesia «quien no está conmigo está contra mí». Pero esto es asunto que escapa a mi mano.

La cordialidad con los hombres y el compromiso con las vidas de los demás, no es algo que la haya que esperar del próximo siglo, de ningún futuro ni de ninguna utopía o advenimiento redentor sobre una nube luminosa. La cordialidad, el amor y el respeto mutuos, el compromiso con los demás, como la propia dignidad, son paraísos que se han de lograr con tensión en cada instante contra el azote del dominio del Poder. Cualquier plazo que le pongamos distrae de la urgencia del amor que preconiza el Evangelio. No me parece razonable devaluar la trascendencia y responsabilidad de este instante que estoy viviendo, del que soy testigo y protagonista, para poner la vista en cualquier otro devenir escatológico.

Tampoco creo en otra evangelización que en la de mantener el tipo en eso de amar y compartir la vida y arriesgarse con los demás como apunta el ejemplo de Jesús. La evangelización siempre debiera empezar por uno mismo (¡ojo! que «uno mismo» no es un robinson metafísico) y concluir en uno mismo. Cuando eso ocurre, lo demás es puro efluvio natural, pura irradiación como la del sol cuando extiende su claridad sin proponérselo: los

que vemos su luz sabemos por naturaleza que nos conviene. Otras evangelizaciones, aunque estuvieren bien intencionadas, arrastran demasiado colonialismo como para que me interesen.

3.

Como estoy persuadido de que la marginación es hija bastarda del egoísmo ajeno y la ignorancia propia, o del egoísmo propio y la ignorancia ajena, habrá que empezar por enterarse, en vivo, de qué sea eso de «la marginación», en vez de guardar las preguntas en el armario de la fe. En cuanto se me empiecen a abrir los ojos, tendré que verificar si estoy practicando los valores en los que presumo creer. Disponiéndome a desafiar todo aquello que considere que son canalladas contra alguien, vengan de donde vengan. Sin duda también tendré que luchar contra corriente con remo de argonauta, para evitar que me arrastre el integrismo consumista y otras santas cruzadas que están de moda.

Luego, trataré de encontrarme con quienes tienen similares vivencias para continuar el camino codo con codo. Todo eso suele destilar organización y otros enseres también útiles.

El abuso habitual del Poder seguirá fabricando marginación, haciéndonos sufrir mucho y matando más que los muchos años; pero si a pesar de las dificultades, fracasos e impotencias seguimos ahí en nuestro lugar, o volvemos a auparnos ahí cada vez que nos entierren, para mí que la Resurrección es eso. Al menos acá en la tierra que es lo que tenemos a mano. Y eso, demás, ocupa casi todo el tiempo.